

El tiempo de los políticos pirómanos

CARLOS GRANÉS



EN LA PERPETUA COMPETENCIA POR la atención de los electores, los políticos ya no temen encender fuegos con tal de convertirse en tema de debate público. Hace unos días, de la nada, un partido ultraderechista español propuso legitimar el uso de las armas para que cada cual pudiera defender su hogar de violadores y asesinos. Era una ocurrencia intempestiva. No solucionaba nada porque no respondía a ninguna necesidad real, y aun así logró convertirse en el tema del día y poner en boca de todos a la agrupación política.

A comienzos de esta semana, el actual presidente de México repitió la estrategia. Anunció que había pedido al rey de España que se excusara por la Conquista de América. ¿Estaba intentando solucionar un problema real y concreto? En absoluto. Se trataba de generar un conflicto donde no lo había para imponerle a la prensa un titular. Pareciera que los políticos se han dado cuenta de

que la frivolidad, el escándalo o la conflictividad, si se traducen en cuotas de pantalla, cabeceras de prensa, debates de opinión, no salen caros. Al revés, sirven para conquistar los espacios de conversación y ganar presencia en la vida diaria. Se olvida el ruido y quedan las nueces. La pólvora no pasa factura; más bien potencia las marcas electorales.

En Colombia hemos vivido algo similar en estas últimas semanas a partir de las objeciones que presentó el uribismo a la Jurisdicción Especial para la Paz. Un tema que parecía superado, que ya había sido juzgado por la Corte Constitucional y del que depende la seguridad jurídica de los exguerrilleros vuelve a polarizar a la opinión pública. Y lo hace de la peor forma: instrumentalizando temas sensibles para hacer ver a la JEP como una institución que ampara, ni más ni menos, la violación de niños. Y ¿para qué? ¿Qué propósito puede haber en forzar a las instituciones del Estado a insistir en un problema que ya se había discutido larga e incandescentemente, y que además estaba bastante bien encaminado? Sólo se me ocurre una respuesta: devolver la discusión pública al terreno que más le conviene al uribismo —las heridas que dejaron las Farc para caldear los ánimos antes de las elecciones regionales de octubre—.

Esta estrategia está siendo usada en todas partes y es una de las causantes del deterioro de las democracias. Ciertos políticos están explotando con mucho éxito el griterío, la indignación y el conflicto para movilizar las pasiones y activar al electorado. Al uribismo le dio resultados sorprendentes en el plebiscito por la paz, y ciertas acciones recientes, como las vallas publicitarias que han puesto en Antioquia con un mensaje que equipara la JEP con los victimarios del conflicto colombiano, hacen pensar que vuelven a las andadas.

Conflicto y polarización, crisis institucional, indignación ciudadana... En lugar de prevenir todos estos exabruptos, los políticos los están provocando. ¿Por qué? Usar Pietri lo mostró en *Las lanzas coloradas*, una novela de los años 30 que parece actual. En medio del caos que rompe los consensos y erosiona el orden previo, se reparten de nuevo las cartas y cualquier cosa puede pasar. Nuevos actores, hasta entonces invisibles, pueden aspirar al poder. O, como en el caso de la Colombia actual, viejos poderes devuelven las manijas de la historia para perpetuar el espejismo de su indispensabilidad.

Como asiduo suscriptor desde 1963, desde antes de ingresar al Colegio del Rosario en compañía de Héctor Osuna Gil, quiero hacer comentarios sobre un texto aparecido en su edición del sábado 16 de marzo (*El Espectador*, "La historia de los sastres masacrados por la Guardia Presidencial"): El 16 de marzo de 1919, supuestamente ocurrió una absurda e inédita masacre en Bogotá. Según la crónica, todo se inició cuando los miles de sastres y confeccionistas de ropa que habitaban Bogotá y los municipios aledaños se rebelaron contra la decisión del gobierno de Marco Fidel Suárez de confeccionar los uniformes de la Guardia Presidencial en los Estados Unidos, previo a la celebración del 7 de agosto de dicho año.

Cartas de los lectores

Glosas a la historia sobre la masacre de los sastres

Por tradición militar y afición a la historia de Bogotá, me interesé mucho en la citada crónica. La releí varias veces, consulté Google para ubicar las cifras económicas y las estadísticas de población, el tiempo necesario para confeccionar los benditos uniformes, en Colombia o en el exterior, y ninguna cifra para la época de la historia me cuadra.

Comencemos por el principio, el Batallón Guardia Presidencial, para ese entonces, contaba con tres compañías de fusileros de 120 hombres cada una, una compañía de Comando de 70 hombres y digamos que 30 oficiales y suboficiales asignados a lo que se viene llamando "Casa Militar"; sumemos una banda de guerra y tenemos una cifra exagerada de 600 hombres. No entiendo el cálculo de los 8.000 vestidos que se debían fabricar. Ese número de vestidos se podrían haber confeccionado localmente, más o menos en 60 días, partiendo de su crónica que en Bogotá contábamos con miles de sastres, que por el momento nos limitaremos en llamar "costureros".

Para llegar a un marco de tiempo, calculemos que las festividades del centenario se iniciaban el 20 de julio; nos lleva a cuatro cortos meses de plazo, contados a partir de marzo, para culminar no solo la negociación, sino la fabricación. Añadamos un factor, quizá desconocido hoy: El uniforme militar colombiano de la Guerra de los Mil Días y la primera parte del Siglo XX estaba basado en el francés, lo que hacía un poco difícil confeccionarlo en los Estados Unidos, con sus modelos y colores completamente diferentes.

Sumemos otro pequeño problema, como pagar la confección. Nadie se iba aguantar el fiado de un país que estaba quebrado hasta cuando nos pagaron los \$25 millones de dólares del Tratado Urrutia-Thompson, en febrero de 1914.

En resumen, nada de la historia hace sentido: los 20 muertos, cientos de heridos y más de 8.000 detenidos; mucho menos el término del periodo presidencial de Marco Fidel Suárez. De haber sido cierta la historia de su crónica, habría sido destituido, por tarde, en abril del 19 y no como ocurrió en realidad, en noviembre de 1921.

Diego Ernesto Villamizar Cajiao.

Envíe sus cartas a lector@elespectador.com

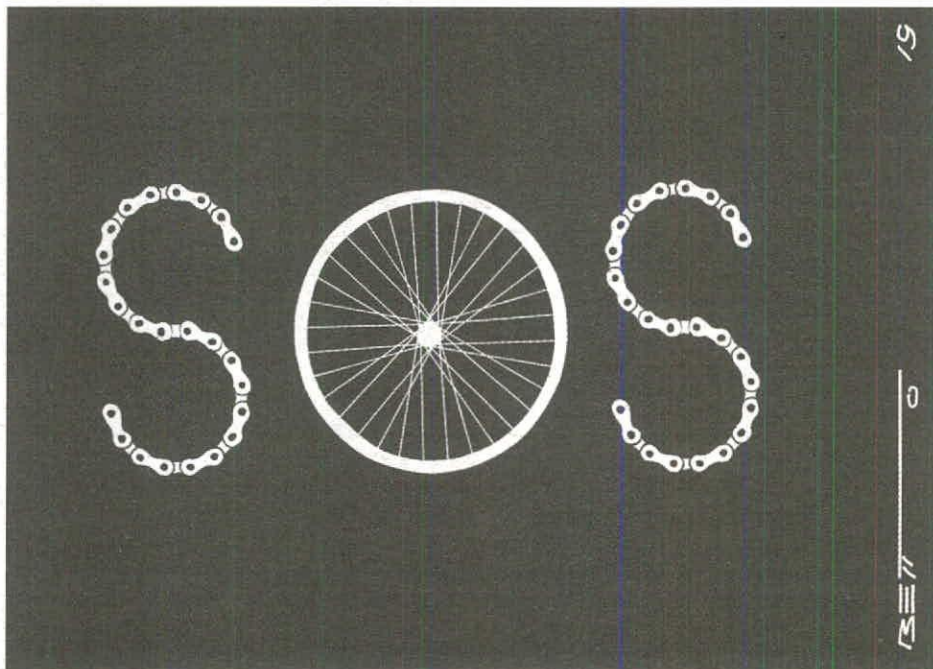
DE LABIOS PARA AFUERA



“Jesús, te hemos perdido de vista (...) Nos hemos olvidado de ti, Dios y nuestro país. Y te estamos pidiendo que nos perdones”.

Stephanie Borowicz, congresista del estado de Pensilvania, Estados Unidos, en una oración durante la ceremonia en la que la primera representante musulmana del estado, Movita Johnson-Harrell, asumió su cargo.

Betto



Ciclistas asesinados

“La odisea” de ser pequeño empresario

CLAUDIA MORALES



EL PASADO MES DE FEBRERO, EL DANE informó que la informalidad laboral afecta a 10,8 millones de personas en Colombia.

Dejo un minuto esa cifra para contarles que a los hombres y mujeres de mi época, en un porcentaje que es imposible medir, nos educaron para estudiar una carrera y conseguir un buen empleo. Una fórmula efectiva para encajar en el concepto de personas exitosas. En el mundo en el que crecí no nos hablaban de estudiar para crear empresa, y eso de ser independiente era visto como un asunto de vagos.

Cumplí la tarea: estudié una carrera, trabajé en buenos empleos, hice un posgrado y así completé 22 años como periodista en distintos medios de comunicación. El aprendizaje ganado fue invaluable y lo agradezco, y ahora que lo pienso bien entiendo por qué a veces es mejor mantener ese estatus de comodidad que da saber que mensualmente llega un sueldo fijo de esa empresa a la cual le entregaba mi vida.

Pero la comodidad también aburre y uno

cree que ser emprendedor es relativamente fácil hasta que se da un totazo con la realidad del pequeño empresario. Esto me permite volver a las cifras del DANE para complementarlas con un informe de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) que sostiene que Colombia tiene la tasa de informalidad más alta del mundo: 61,3 %.

El tema lo explicó, en un artículo del 11 de julio de 2018 en *El Tiempo*, Stefano Farné, director del Observatorio de Mercado de Trabajo de la Universidad Externado de Colombia: “La gente poco productiva, entendida como la de bajos ingresos, no logra financiar los costos que se derivan de la formalización”. Debo agregar que las personas de ingresos de clase media, como es mi caso, también tenemos grandes dificultades para sacar adelante un negocio formal.

El Estado no ayuda. La banca, menos. Si usted está pensando en abrir un negocio, sepa que los bancos le van a decir que le prestan dinero sólo si puede certificar dos o tres años de funcionamiento. Para iniciar su emprendimiento, usted debe contar con créditos libres con tasas que lo revientan, o acudir a las cooperativas que entienden por qué llega a ellas y en esa medida saben cómo aprovecharse, o tener la suerte de lograr una buena bolsa de ahorros. En el peor

de los casos, la gente acude a los macabros “gota a gota”.

Si su pequeño negocio pasa los topes establecidos por la DIAN y debe pasarse al régimen común, agárrese. Plata y más plata para el Estado que a su vez, repito, no retribuye nada. Cuento además con que su nombre natural queda afectado por el régimen de su empresa y eso, en vez de significar algo positivo, es lo contrario.

La informalidad existe por esas y otras razones, entre ellas que ningún gobierno se ha tomado en serio una reforma laboral. Adicionalmente, ¿saben qué hace la gente? Trampa. Sí, para no facturar IVA o para tercerizar contratos y no pagar salarios justos. La informalidad, además, tiene una base de trabajadores que no cotiza su seguridad social, con los problemas que eso crea, y los empleadores de muchos negocios que trabajan con informales no se ajustan a la ley que exige esos pagos de sus empleados.

Ser legal, estimados lectores, cuesta desvelos de angustia. Pero a la vez, y por eso me refiero a *La odisea* en el título, quizás sea tarea imperativa ponernos el ropaje de Ulises y creer que sí es posible llegar a un lugar seguro, como él con su Penélope en Ítaca. Luchar, no perder la esperanza, a pesar de que todo el sistema está en contra.